

cias de que, por aquel tiempo, se necesitaba mucha clarividencia, para saber donde terminaba el deber como religioso y donde comenzaba como hombre que ve las cosas desde un punto de vista más elevado.

Pueden tomarse a estos religiosos como tipos de los hombres que se entregaban por completo a la Iglesia, ocupando siempre una esfera [humilde. Eran buenos por naturaleza y practicaban el bien a su modo; pero de tal manera se posesionaban de su papel, que no podían salirse ni un ápice del derrotero que se les tenía marcado, y como en aquel entonces, en concepto del clero, era lícito quitar la vida a las personas que no fueran católicas y destruir las obras de arte que no estuvieran relacionadas con su culto, los religiosos veían tan natural esto que, a pesar de su bondad, cometían a menudo actos verdaderamente delictuosos.

Después de la muerte del clérigo Díaz, vino la terrible revancha de los conquistadores; pues tan luego como tuvo noticia de este suceso D. Pedro de Villanueva, mandó aprehender a los culpables, quemándolos vivos a la vista del pueblo. De esta manera quedaba vengado el religioso Juan Díaz y salvado el principio católico.

No podían ser más crueles ni más indignos los primeros pasos dados para convertir al catolicismo a los indios de Anahuac; pero no era de esperarse otra cosa cuando, quienes venían con tal misión, traían como única lógica el tormento, y como suprema ley, la muerte para quienes opusieran resistencia.

### III.

## Toma forma la organización católica en la Nueva España.

Poco tiempo después de la muerte de los primeros religiosos que vinieron a sembrar la semilla pródiga del catolicismo, desembarcaron en las playas mexicanas los frailes Juan Tecto, Juan de Aora y Pedro de Gante.

Oportuno es que digamos unas cuantas palabras aunque sea, de la Orden de los Franciscanos, que es a la que pertenecían estos religiosos.

Dicha Orden fué fundada por San Francisco de Asís durante el pontificado de Inocencio III. Al principio se componía de innumerables frailes que se hacían vivir de limosnas, sin preocuparse gran cosa por su mejoramiento; pero sucedió que, en virtud de su insignificante influencia, el Papa ni atención había puesto en ellos, por lo que, San Francisco, de-



seando cooperar de una manera más ostensible al revestimiento del edificio un tanto maltrecho de las instituciones clericales, reunió en unos cuantos días más de 6,000 de estos frailes—¡terrible y funesta fecundidad!—y se presentó con ellos a las puertas del Vaticano. El Papa, al ver aquel ejército, que más parecía de locos que de hombres cuerdos, por el exaltado fanatismo que demostraban en todos sus actos, se vió en la precisa necesidad de autorizarlos y bendecirlos, para que en nombre de la Iglesia se fueran a la conquista del mundo.

Los resultados no se hicieron esperar mucho y por desgracia para la humanidad, esta Orden, juntamente con la de los dominicanos, vino a dar la fuerza que ya faltaba a la Iglesia, que a cada momento parecía naufragar en el mar de sus propias ambiciones. Una vez con la autorización a que hacemos referencia, todos aquellos hombres, se extendieron por el mundo, como una nube de langostas en fértil sembradura.

Por lo pronto, la vida que siguieron fué la misma que cuando se iniciaron en la Orden; pero pasado algún tiempo, y como si todos hubieran seguido una misma inspiración, fueron cubriendo sus desnudeces con buena ropa, sus vigiliass cambiándolas por opíperas comidas, y sus petacas vacías, por cajas fuertes para guardar los tesoros arrancados a los creyentes. Así es como aquella Orden, antes la más pobre, en poco tiempo se enriqueció,

aumentándose sus miembros de una manera tan alarmante que el Papa se vió orillado a prohibir la fundación de alguna otra orden. Tal era el vicio que predominaba entonces y tal la relajación de las costumbres, que la mitad de la humanidad quería vivir y hacerse rica a costa de la otra mitad.

Aunque ya para la fecha en que llegaron a la Nueva España los primeros Franciscanos, la Orden a que pertenecían era muy poderosa, estos vinieron en un estado lamentable por que, como en toda institución grande, los más audaces son los que predominan siempre, dejando a un lado del camino a los que se conforman tan solo con vivir. Así fué que, al desembarcar en nuestras playas aquellos religiosos, parecían, por su apariencia, vagabundos que venían a implorar la caridad pública, más bien que delegados de la poderosa y temida Roma.

Apenas desembarcaron y Cortés fué a recibirlos con toda clase de honores, pués es bien sabido que este hombre era un gran político y sabía por lo tanto que, conquistándose la buena voluntad de aquellos misioneros, podían servirle de mucho en sus proyectos.

La sumisión y respeto que demostraba tener, tanto Cortés como sus subalternos, a los frailes, dió lugar a que se reafirmara en la imaginación de los indios, el concepto un tanto elevado que se habían formado de la misión y poder de aquellos humildes hombres. Esta circunstancia la supo explotar muy bien



Cortés, pués no desperdiciaba oportunidad para hacer manifestaciones de respeto y veneración hacia los delegados católicos, procurando generalmente ser visto por el mayor número posible de naturales, logrando así suggestionarlos hasta cierto punto.

La primera Parroquia establecida por estos misioneros tuvo su asiento dentro del Templo de Huizilopochtli, para lo que hubo necesidad de quitar los ídolos e instrumentos sagrados con que oficiaban los Aztecas, cosa que disgustó a estos, y como protesta hicieron algunas pacíficas demostraciones de desagrado, pero sin llegar a más, escarmentados como estaban de los duros castigos que hacía poco les habían impuesto los españoles, en circunstancias semejantes.

Las cosas continuaron invariables por corto tiempo, pués muy pronto murieron dos de los Franciscanos, quedando unicamente Juan de Aaora, quien prosiguió la obra de catequizar a los indios, trabajo muy árduo, dado lo difícil que le era hacerse entender, dificultad con que tropezaron por mucho tiempo todos los sacerdotes.

Como el asunto de la Nueva España, había despertado ya la codicia de la Santa Sede, apenas sabida la muerte de los elérgicos, de quienes nos hemos venido refiriendo, ordenó viniesen doce más de la misma orden, los que llegaron a S. Juan de Ulúa, el 13 de Mayo de 1524. Se llamaban: Martín Valencia, Antonio de Ciudad Rodrigo, Martín Coruña, Fran-

cisco de Soto, Juan de Rivas, Juan Juárez, Toribio de Benavente, García de Cisneros; Luis de Fuensalida, Francisco Jiménez, Andrés de Córdoba y Juan de Palos. El recibimiento que se les hizo sobrepasó en esplendor y magnificencia al verificado a la llegada de los anteriores, cosa que no es de extrañar, cuando que, estos misioneros ya traían poderes e instrucciones directas del Papa; y no sería Cortés quien se lo malquistara, pudiendo sacar provecho aparentando sumisión.

Así pués, aquellos doce frailes encontraron todo clase de facilidades para ejercer su ministerio, en lo que al poder español se refiere, pués las dificultades inherentes a su misión no podían desaparecer, cuando todavía estaba latente en el corazón de los indios, su odio por aquella raza, y su cariño por la religión que profesaban.

Repartidos en diferentes lugares del territorio, comenzaron los frailes a desempeñar su misión, con más o menos felicidad, según su modo de ser; pués no todos tuvieron la cautela suficiente para deshacerse de los ídolos aztecas, objetivo principal de ellos, según lo requirieran las circunstancias y de allí que algunos pasaran muy duros trances. Sucedió generalmente que llegando un fraile a un pueblo, lo primero que hacía era bajar los dioses aztecas de los altares y mandarlos destruir, cosa que como era natural, no agradaba a los naturales y de allí provenían en su mayor parte las dificultades, que muchas veces



terminaban en sangrientos motines. Otros, los menos, demostraban no preocuparse por los templos e ídolos aztecas, sino que, pasado algún tiempo y a fuerza de tanto predicar, lograban grangearse la confianza de algunos indios, y una vez contando con su ayuda, ya quitaban un ídolo poniendo en su lugar un santo, o promovían un incendio que lo hacían pasar como casual; en fin, ponían en juego cuanto medio se les ocurría, con el objeto de que no quedaran ni vestigios de lo que representaba la religión que iban allí a desterrar.

En tales trabajos pasaron cuatro años, pero sin descuidar el punto principal, cual era el de la recolección de oro que, una vez reunido en gran cantidad, era remitido como una muestra de la riqueza de nuestro suelo a su santidad el Papa, que lo era entonces Paulo III. Como es de comprenderse, un hombre como este, que nada había podido hacer para formarse un lugar independiente en la política mundial; pero que no obstante, soñaba en la dominación de la Iglesia sobre el Estado, no podía permanecer indiferente ante la perspectiva que se le presentaba de adquirir el Reino de Anahuac en propiedad, como lo acostumbraban hacer sus antecesores con los países débiles o con los gobernados por fanáticos y traidores; así que pensó desde luego en darle la debida forma al gobierno clerical que deseaba establecer. Al efecto, envió a Fr. Juan de Zumárraga como Obispo, quien llegó a la Capital de la Nueva España a me-

diados del año de 1528. Hijo de humildes padres, vió la luz en la Villa de Durango, Vizcaya, y desde muy temprana edad demostró inclinaciones por la carrera eclesiástica, la que abrazó con toda fé apenas tuvo la edad para ello. No se le reconoce ninguna ilustración y en prueba de ello están los atentados que en nombre de la religión cometió en obras que hubieran servido para conocer la historia de una raza que, si era bárbara en sus prácticas religiosas, en cambio, estaba muy adelantada en las Artes y en las Ciencias.

Con la llegada del Obispo Zumárraga, cambiaba un tanto la posición que guardaban los conquistadores, pues tenían que habérselas con un contrincante muy formidable, como lo era en ese tiempo el Clero, ya que, de una manera tan directa, tomaba cartas en el asunto. Cortés, que no era de los que se detenían en contemplaciones inútiles que a nada conducen, encaminó su política desde luego en el sentido de hacerse suyo al Obispo, al que le dispensaba toda clase de atenciones y con quien procuraba entrevistarse cuantas veces le era posible, a fin de sondearlo y saber a punto fijo cual era su programa.

Por otro lado Fr. Zumárraga, que estaba ya en antecedentes del indigno comportamiento de los conquistadores, y sabedor de la inmensa fortuna que habían hecho, y de las grandes remesas de oro enviadas al Rey de España, no dió oído a las insinuaciones de Cortés, si no que, fiel a la política del Papa, procuró



desde luego mantener su independencia de otro poder que no fuera el del Clero.

De esta manera las cosas, pronto surgieron las dificultades entre caudillos y sacerdotes, dificultades que llegaron a tener resonancia en España y Roma; cosa que hizo entrasen en explicaciones Carlos V y Paulo III; pero como los dos alegaban iguales derechos sobre la Nueva España, no pudieron por lo pronto llegar a un acuerdo.

Mientras tanto, acá seguía la exaltación entre la soldadesca y los sacerdotes, pues aquellos, insaciables en su ambición de riquezas seguían expoliando a los indios de una manera brutal, y éstos, no exentos de ella, reclamaban todo para sí.

Viendo en Europa que las dificultades no cesaban en el Reyno de la Nueva España, resolvieron por fin enviar una forma de Gobierno que pudiera garantizar los derechos de ambas partes. Tal Gobierno fué bautizado con el nombre de Audiencia, y lo formaban los Licenciados Juan Ortíz de Matienzo, Alonso de Parada, Diego Delgadillo y Francisco Maldonado, siendo presidida por Nuño de Guzmán, uno de los más feroces y ambiciosos capitanes de Cortés.

Esta solución dada a las controversias de los conquistadores con los sacerdotes, era aplicable en un todo a la cuestión financiera y a la de mando, que en lo relativo a los medios de que se habían valido para introducir la religión no cambiaron, pues en este sentido to-

dos estaban de acuerdo. En efecto Zumárraga, inspirado en el propósito, para él piadoso, de terminar cuanto antes con la religión azteca, no reparaba en los males que causaba a la posteridad, borrando lo que podía ser más tarde, el punto de donde se sacara á la luz pública la historia de aquel pueblo.

Siguiendo este camino de conducta, vino a opacar con sus bárbaros procedimientos cuanto hasta entonces se había hecho por el mismo sendero, pues si hasta entonces se habían visto desaparecer varios Templos e ídolos, la cantidad no era para alarmar a nadie; pero este prelado, que por algo tenía el título de Obispo, batió el record destruyendo, en un corto lapso de tiempo, como 500 Templos y más de 20,000 ídolos. "Leéanse con indignación—dice Prescott—las crueldades ejecutadas por los primeros conquistadores, pero este sentimiento se convierte en desprecio cuando se les ve extinguiendo bárbaramente las chispas del saber, legado común y propiedad de todo el género humano. Bien puede dudarse si tienen títulos más poderosos a la civilización, los vencedores que los vencidos."

Palabras son estas que condenzan en sí el anatema de la humanidad, en contra de tales procedimientos, y que se han repetido y repetirán hasta la saciedad, mientras sea la religión católica el símbolo de la ignorancia.

El Papa, mientras tanto, celebraba jubilosos los atentados del digno representante de la Iglesia, que de manera tan acertada sabía



cumplir con todos sus preceptos; y como méritos de tal naturaleza no podía dejarlos sin el correspondiente premio, ordenó a Zumárraga, de acuerdo con Carlos V; hiciera viaje especial a Madrid para consagrarlo, cosa que se verificó en 1532.

Permaneció Zumárraga en Europa cerca de dos años, regresando en compañía de varios religiosos de su Orden en 1534, haciéndose cargo nuevamente del gobierno de la Iglesia, propuesto como siempre a desempeñar su cometido a entera satisfacción de sus superiores, cosa que logró hacer, según todas las presunciones, pues en materia de atrocidades, interpretó escrupulosamente lo que a tal respecto recomendaba el Clero.

Pasado algún tiempo, y ya reconocida su competencia incontrastable, el Papa Paulo III lo elevó a la categoría de Arzobispo, disposición acertadísima, toda vez que, a hombre de tal jerarquía, correspondía dignamente la obra realizada por Zumárraga en la Nueva España. Desde entonces, año de 1545 quedó establecido el Arzobispado en nuestro país.

Poco sobrevivió Zumárraga a este magno acontecimiento, pues como todo ser humano, pagó su tributo a la madre naturaleza, dejando de existir en uno de los domingos de Corpus el año de 1548, de más de 80 años de edad.

## IV.

## El poder temporal de la Iglesia y sus desastrosas consecuencias.

En los primeros años en que el dogma del Cristianismo, permaneció alejado de toda ingerencia terrenal; cuando tendía únicamente a la moralización de la humanidad, cuyas costumbres en aquel entonces estaban muy relajadas, su influencia llegó a ser preponderante, pues era nada menos que la tabla de salvación de la humanidad que naufragaba en el mar de sus excesos y locuras: más, cuando pasado algún tiempo, se le quitó la investidura democrática que lo caracterizaba; cuando los encargados de enseñarlo al pueblo, convirtieron este dogma en arma política, entonces toda su importancia, todo lo que de bueno podía traer para el mundo, desapareció, quedando únicamente la forma, pero desvirtuada



al grado de que daba resultados diametralmente opuestos a los que producía en la primera época de su vida.

“Así, por su misma naturaleza,—dice Lanfrey—excluyó la Iglesia cristiana de los primeros siglos toda idea de autoridad política. En aquella edad de inspiración, espontaneidad y desinterés, no tenía aún gobierno, templos, ni ritos, y apenas se distinguían en ella los primeros elementos de su gerarquía. Minucio Félix, en su apología, considera esto como un título de gloria:—“El templo del verdadero Dios, dice, es el universo; su imagen es el hombre; el sacrificio que le agrada son las buenas obras.”—¿No se creería oír a uno de esos deístas que diecisiete siglos más tarde había de protestar a su vez contra una institución que había venido a ser tan distinta de sí misma, que todas las obras escritas en su defensa podían retorcerse contra ella como otras tantas condenaciones?”

Ya para cuando se descubrió el Nuevo Mundo, la Iglesia no tan solo era una institución con poder temporal, sino que tendía a la formación de un gran Imperio gobernado por ella. Tanta era la fuerza y poder que había adquirido, y tanta la degradación a que había llegado, que no se cometía ningún acto de trascendencia en las naciones Europeas sin su intervención. Quitaba y ponía Reyes a su antojo; donaba provincias y hasta naciones enteras; concertaba casamientos entre los personajes que podían servirle de instrumentos

y en fin, cuanto atentado es concebible lo llevaba a efecto. También tenía la particularidad de provocar continuas guerras entre los países vecinos, aunque fuera tan solo para satisfacer un capricho; pero el caso era que la sangre corriera a torrentes y que se desgarraran los unos a los otros, hasta que a la Santa Iglesia llegaba un hálito de piedad y entonces interponía su influencia, para terminar la lucha a que ella misma había incitado, sacando por tal intermediación todo el partido que le fuera posible.

La corrupción había llegado a tal extremo que los Papas se sucedían los unos a los otros, sin contar con más méritos que la audacia para derrocar al que estaba en el poder. Estos a su vez se rodeaban de la gente que les convenía, así que, cada quien, nombraba los Obispos y demás altas dignidades en la forma que quería, deponiendo a los que no merecían su confianza. Tal violencia trajo por consecuencia lógica un estado anárquico inconcebible; pues llegó a ostentar el título de Obispo, Constantino, criminal que había manchado sus manos con la sangre de su mujer, de su hijo y de su hermano. Y como si tales excesos no fueran suficientes para desacreditar a una institución religiosa, hubo vez en que se pusiera en pública subasta la tiara papal, ante la expectación de los verdaderos cristianos.

Una institución venerada al principio de su vida, había llegado por sí misma a alejarse no ya de la veneración que se le tenía, sino



hasta del respeto, como consecuencia lógica de su transformación. Toda institución que no cumple con los fines para que ha sido creada, desvirtúa su esencia, y si en lugar de bienes produce males, entonces se hace despreciable y su desaparición es una necesidad creada por ella misma.

Una vez confirmado por el Concilio de Trento el poder temporal que desde tiempo atrás disfrutaba la Iglesia, lógico era que con mayor empeño se dedicara a adquirirlo en debida forma y a explotarlo, cosa que vemos hacer en México en una escala asombrosa.

Aún más, no tan solo explotaban las riquezas del País, por medio de limosnas, diezmos, primicias, herencias, etc. sino que los sacerdotes se dedicaban al comercio, atesorando grandes fortunas con menoscabo de la misión a nombre de la cual venían. "No faltaban sacerdotes, dice Sosa, que directa o indirectamente ejercieran el comercio y aún la usura. Algunos principiaban a entregarse al abominable vicio del juego, y de España venían otros, a título de parentesco más o menos cercano, traían mujeres en su compañía."

Tal era el estado de la Iglesia en México y tales los manejos de los ministros de ella cuando se hizo cargo del Arzobispado Fr. Alonso de Montúfar. Poco es lo que se sabe de su gobierno, únicamente puede decirse que si vino inspirado en buenos deseos, poco o nada pudo hacer para moralizar la administración clerical, y los vicios de esta adquirie-

ron mayor fuerza alentada por la impunidad de que gozaba.

En el año de 1556 Montúfar convocó a un Concilio al que concurrieron los Obispos que ya para entonces había en los diferentes distritos del País. En él se trató únicamente de lo que concernía a la buena marcha de los asuntos religiosos aquí, no revistiendo en verdad importancia alguna, salvo el acuerdo a que llegaron para prohibir el comercio, el juego y la usura entre los sacerdotes, cosa que a la postre fué letra muerta, porque nada de esto desapareció.

A los diez años escasos convocó a un nuevo Concilio, con el objeto exclusivo de aprobar en todas sus partes el concilio general de Trento, lo que se hacía necesario para contar con un arma más que interponer a la expansión alarmante de la soldadesca, pues de esta manera ellos adquirirían oficialmente derecho también para poseer propiedades y hacer fortunas, y para gobernar al pueblo, viéndose en seguida a los mismos sacerdotes hacer las veces de policías, Jefes Políticos y Jueces.

Durante la celebración de este Concilio murió el primer Virrey de la Nueva España, D. Luis de Velasco, quien había logrado mantener el equilibrio entre la parte civil y la Iglesia; mas con él desapareció tal equilibrio, y los desórdenes en consecuencia no se hicieron esperar mucho.

Es de concebirse que con una poca de habilidad el Arzobispo podía haber selucionado



toda dificultad durante el tiempo que quedara vacante el puesto del Virrey; pero si nos fijamos en que precisamente acababan de aprobar el Concilio de Trento, cuya esencia ya conocemos, es de conceder que la situación se presentaba complicada; pero de todas maneras con algún tino y buena voluntad de parte del Arzobispado se hubieran evitado los desórdenes.

Sin haber logrado hacer nada de notable durante su largo gobierno, murió Montúfar, después de dilatada y dolorosa enfermedad, el 7 de Marzo de 1572.

Su sucesor, D. Pedro Moya de Contreras, natural de Pedroche, Córdoba, llegó a México en 1570, ordenándose de Presbítero al siguiente año. El carácter con que vino fué el de inquisidor del Santo Oficio, nombramiento que le dió el entonces Rey de España, Felipe II. Hombre perspicaz, hábil y de recursos, pronto se conquistó la confianza del Rey y del Papa, y como después del Virreynato y del Arzobispado, no había puesto de mayor importancia que el de Inquisidor, era de esperarse su nombramiento para sustituir a Montufar, máxime cuando que, como decimos, tenía la confianza completa de los más altos Poderes.

Para cuando Moya tomó posesión del Arzobispado era ya Visitador General de la Audiencia, con lo que, su poder, era ya muy grande; pero cuando tomó las mayores proporciones, fué al hacerse cargo también del Virreynato en el año de 1574: reuniéndose de esta

manera en una sola persona los más altos empleos, con lo que se constituía en dueño de vidas y haciendas.

Y a él cupo la gloria de ser el que celebrara el primer acto de fé público en la Nueva España.

Muy cara había de costarle a la Nación el encumbramiento de este audaz hombre, pues en una sola ocasión remitió para Europa (1585) tres millones trescientos mil ducados en plata acuñada y un mil cien marcos de oro en tejos.

Como es de comprenderse, una persona, por muy capaz que se le quiera suponer, no es posible que regentee con acierto a un mismo tiempo, varios empleos de importancia, máxime si se trata de un gobierno de mecanismo complicado; así que, la desorganización que vino durante el reinado de Moya era de esperarse. Los poderosos extremaron su rigor para con los indios, y estos, en medio de tantas vejaciones y tantos sufrimientos, pensaron en la liberación completa, como único medio de salvar la vida que veían se les escapaba entre los ardorosos rayos del sol y el incienso de los templos.

Llegó por fin el día en que hizo explosión la paciencia de los indios, y armados como pudieron se lanzaron en contra de sus opresores, no respetando nada de lo que se interponía a su paso: iglesias, casas particulares, mujeres, niños, todo profanaron al desbordarse su indignación por tanto tiempo contenida; pero



bien poco duraron en esta actitud, pues carentes de elementos para sostener la lucha, fueron reducidos al orden por los soldados españoles, después de haberlos escarmentado duramente.

En vista de los trastornos que se sucedían y de las continuas quejas que a España y al Vaticano llegaban de Moya, fué relevado del Virreynato, nombrándose en su lugar al Marqués de Villa-Manrique D. Alvaro Manrique de Zúñiga, quien hizo su entrada en la Ciudad de México, el 18 de Octubre de 1585.

No obstante este triunfo de los enemigos de Moya de Contreras, lo vemos permanecer en la Nueva España, en calidad de Visitador de Tribunales, hasta el año de 1589 en que partió para España, debido al llamado que se le hizo; igualmente conservó hasta esa fecha el cargo de Arzobispo, el que entregó antes de salir, a Fr. Pedro de Právia, quien al poco tiempo falleció (1589) por lo que poco o nada dicen las crónicas de aquel tiempo de él.

Como todos los hombres que en un momento dado, caen del pedestal que les ha formado la fortuna o la audacia, sin servirse de él para nada noble, Fr. Moya de Contreras, murió olvidado el 14 de Enero de 1591.

En cuanto al Marqués de Villa Manrique, poco es lo que tenemos que decir, puesto que la índole de esta obra no nos permite hablar más que de hechos y personas que tengan relación directa con el catolicismo; y si bien

cierto es que este Virrey, como todos los que gobernaron la Nueva España, era católico, no por esto lo hemos de atacar, pues lejos de nosotros está la intención de herir a quien, como él, no se enzañó en contra de la civilización y de los principios humanitarios, para introducir la religión entre los indios.

Por algún tiempo estuvo vacante el Arzobispado, así que el Virrey le correspondía velar también por los intereses de la Iglesia, cosa que hizo con tal tino y discreción, que no hubo que lamentar trastornos, grangeándose por su comportamiento liberal el aprecio de todos, hasta de los mismos indios.

No obstante que fué nombrado en 1592 Arzobispo de la Nueva España Fr. Alfonso Fernández de Bonilla, puede decirse que no llegó a desempeñar tal puesto, toda vez que fué llamado por Felipe II quien le confirió varias comisiones, entre otras, la de Visitador de Tribunales en el Perú, en cuyo trabajo pasó varios años, muriendo en Lima en 1596. Antes había sido inquisidor en México, cuyo puesto desempeñó desde el 8 de Abril de 1583, hasta su salida del País.

Como se ve, generalmente los inquisidores eran los llamados a ocupar los principales cargos, deduciéndose de ello que, además de ser personas que contaban con la confianza del Clero, tenían por su misma posición, cualidades que los ponían muy por encima de hombres de mayor cultura, pero que no estuvie-



ran penetrados de los misterios del Tribunal del Santo Oficio, que como se sabe era una de las principales armas con que contaba la Iglesia para castigar a todo aquel que osara oponerse al catolicismo. En la Nueva España, fué sorprendente el desarrollo que alcanzó la inquisición, y siempre sus directores fueron personas de alta representación entre el Clero.

Quedó vacante el puesto de Arzobispo hasta el año de 1601, en que tomó posesión de él Fr. García de Santa María Mendoza, de la Orden de San Gerónimo. La ceremonia relativa tuvo verificativo con el mayor esplendor el 15 de Agosto del citado año, habiendo sido un motivo de regocijo de la gente de orden, que veía en el nuevo prelado una esperanza para que cesara el estado anormal en que se encontraba la Iglesia; pues durante el tiempo que faltó el Arzobispo, los sacerdotes se habían dedicado en su mayoría, al comercio, a la usura y algunos a continuas orgías; y los más a hacer fortunas de cualquier manera, sin importarles gran cosa el cumplimiento de su deber.

Pronto vino el desengaño. pues aquella persona, lejos de ocuparse de lo que verdaderamente requería su atención, se entregó de lleno a la encarnizada caza de cuanto aún quedaba de lo que constituyera la obra de los Aztecas, y hasta en unas piedras que permanecían olvidadas en algunas esquinas de la Ca

pital, se manifestó su espíritu de destrucción, pues mandó desfigurar los grabados que en ellas había.

Cerca de un siglo había transcurrido desde la conquista y aún había quién, cegado por el fanatismo, prescintiera un peligro en la existencia de unas piedras en quienes nadie se fijaba ya.

